

riendo, y con no poco juicio, el camino de Dijon, su ciudad natal, donde murió en una edad muy avanzada.

Aubriot no era ciertamente un hombre vulgar, y no sería justo anatematizarlo, porque es bien notorio que no había querido hacer de la Bastilla mas que una fortaleza. Verdad es que la tiranía, como vamos á verlo, no tardó en destinar ese castillo á lugar de suplicios; pero ah! cuál es la cosa buena que las pasiones humanas no convierten en mala? Díganlo los pensadores.

## II.

Los monges y las perlas.—El superintendente Montagu: sus consejeros: su prision: su suplicio.—La Bastilla, sitiada por los *cabochianos* y defendida por el preboste des Essarts.—Suplicio de des Essarts.—Los ingleses en la Bastilla.

Después de la libertad y huida de Aubriot, se efectuaron importantes acontecimientos. Vencedor de los flamencos en la batalla de Rosebecque, el jóven rey (Carlos VI) había vuelto á Paris como conquistador, desarmado á sus habitantes, privándolos de sus franquicias, perseguido severamente á los de las mallas, y hecho con los que cayeron en sus manos numerosas y sangrientas ejecuciones. Posteriormente se había vuelto loco, y el duque de Orleans y el de Borgoña, Juan sin Miedo, se disputaban el poder, mientras los médicos hacian infructuosos esfuerzos por curar al monarca.

Entónces fueron al palacio de San Pablo, residencia del rey, dos religiosos del órden de San Agustin, los cuales dijeron con la mayor seguridad, que la causa del mal del soberano les había sido revelada, y que eran enviados por Dios para sanarlo. Recibióseles con júbilo: alojóseles en la Bastilla, de donde día por día pasaban á ver al príncipe enfermo, á quien hicieron tomar diversas bebidas, preparadas por ellos mismos, y en las que, segun decian, entraban de ingredientes el oro que tenian la destreza de hacer potable, y perlas destiladas.

El tratamiento era muy costoso, y segun las trazas se hubiera acabado con todo el oro y las perlas del desgraciado monarca: no pasaba un solo día sin que los frailes renovaran sus esperiencias, y en cada una había que ministrarles nuevas dosis de esos objetos preciosos, sin que se notase mejoría alguna en el estado

mental del príncipe. Al fin se supo que los dos religiosos se estaban pasando vida regalada en la fortaleza en que estaban alojados; y como la enfermedad del rey había aumentado en vez de disminuir, se dió órden á des Essarts, preboste de Paris, sucesor de Aubriot, de que asegurara sus personas, á fin de que la justicia pudiera ecsaminar su conducta. La Bastilla, que les servia de habitacion, se convirtió en su cárcel: se les comenzó á formar causa, y fueron acusados de engaño y crimen de lesa magestad, acusacion que parecia suficientemente justificada, por haber hecho últimamente incisiones en la cabeza de Carlos, de las que habían resultado dolores intolerables, que habían puesto su vida en peligro.

Hay que advertir que Pedro des Essarts era uno de los mas ardientes partidarios del duque de Borgoña, á quien servia de todos los modos posibles para ayudarle á derrocar al de Orleans.

—Me parece,—le dijo un dia Juan sin Miedo,—que no hay otro arbitrio para deshacernos de él, que el de una buena estocada.

—El arbitrio seria peligroso, monseñor;—respondió el preboste.

—Se te ocurre otro mejor?

—Tal vez sí, monseñor. Si por ejemplo se pudiera convencer al duque de Orleans de haber atentado contra la vida del rey, y de ser la causa del lastimoso estado en que se encuentra hoy S. M....

—El golpe seria magnífico; pero me parece difícil de dar.

—Pues bien, dejadme intentar; y si no lo consigo, siempre habrá tiempo de recurrir al otro medio.

—Consiento; pero date prisa, porque me urge el desenlace.

Entretanto los dos frailes, encerrados en el mismo cuarto, se creian perdidos, porque varios testigos habían comprobado sus escesos, y parte de las perlas que se habían hecho dar, se habían encontrado en manos de mugeres de mala vida. Una noche, en medio de la oscuridad mas profunda, hablaban los desgraciados de los tormentos que tendrían que sufrir, y se desesperaban, cuando una voz formidable, que parecia salir de las entrañas de la tierra, pronunció estas palabras:

—Escuchad: seguid el consejo que se os va á dar, y salvaréis la vida.

—Ah!—esclamó uno de ellos,—seria posible que pensara alguién en salvarnos!

—Sí,—contestó la voz,—os salvaréis, si declarais mañana en el palacio de San Pablo, adonde seréis llevados, que os ha cohechado el duque de Orleans para atentar á la vida del rey, y que él os dió el veneno que habeis echado en las bebidas destinadas á S. M.

—Pero me parece,—replicó el otro fraile,—que eso no puede servir sino para hacer mas inevitable nuestra perdicion, porque es imposible que se perdone á hombres que se declaran culpables de tan gran crimen.

—No comprendéis,—respondió la voz,—que quien es bastante poderoso para daros tal consejo en este lugar y á esta hora, lo será tambien para romper vuestros grillos y abrir las puertas de vuestra prision? Reflexionadlo: no teneis en lo absoluto otro camino de salvacion.

Los presos hicieron otras objeciones, pero la voz no contestó. Por difícil que les pareciera salir del paso siguiendo el consejo recibido, los miserables se encontraban en una posición tan desesperada, que resolvieron correr el riesgo. Así es que al día siguiente pidieron ser llevados á San Pablo, diciendo que tenían que hacer revelaciones de tanta importancia, que debían ser oídas de toda la corte. El preboste se esforzó en afectar sorpresa, manifestándoles que para acceder á su solicitud, necesitaba recibir órdenes de la reina y de los príncipes, á quienes fué á ver en efecto, despues de tener una entrevista con el duque de Borgoña.

Pocas horas despues, el rey, que estaba en un lúcido intervalo, la reina, el delfin y los príncipes, estaban reunidos en el gran salon de audiencia de la casa real, á donde no tardaron en llegar los dos religiosos, conducidos por tropa mandada personalmente por el preboste. Se les hizo sentar en unos taburetes llevados para ellos, y Pedro des Essarts les intimó que hicieran las revelaciones que habían anunciado. Entónces uno de ellos contó que estaban en Guiena, donde sus conocimientos en medicina les habían grangeado gran reputacion, cuando un desconocido fué á verlos, y los comprometió á pasar á Paris, ofreciendo hacer los gastos del viage, y prometiendo poner á ambos en relaciones con un gran señor, que haría su fortuna si consentían en efectuar lo que les propondria; que llegados á la capital habían tenido en efecto varias entrevistas con un gran personage, que había comenzado por darles una bolsa llena de oro, y prometiéndoles una magnífica recompensa, si despues de ser admitidos como médicos del rey, echaban en las bebidas que tomara S. M. cierto licor cuyo nombre cayó: que ellos habían aceptado, y que todo había pasado con arreglo al convenio, ménos en cuanto al licor, que habían tirado en vez de darlo al monarca. El de la narracion, á quien se preguntó quién era el gran personage, contestó que al principio lo había ignorado; pero que una vez admitidos en el palacio de San Pablo, había aquel depositado en ellos toda su confianza, los había hecho ir diversas ocasiones á su casa, y hablándoles en su gabinete, y que entónces habían sabido que era el duque de Orleans.

Apénas se pronunció este nombre, cuando un murmullo de indignacion recorrió la asamblea. El preboste, disimulando su contento, interrogó al segundo fraile, que dió una declaracion igual en todo á la del primero.

El duque de Borgoña, afectando tomar la defensa del de Orleans, dijo que no se debía dar crédito de ligero á las palabras de aquellos miserables; pero el canceller, á quien se pidió su opinion, sostuvo que seria prudente asegurar la persona del acusado. Los pareceres estaban discordes y la deliberacion continuaba, cuando se abrió la puerta de la sala y se presentó el duque de Orleans. Advertido de lo que pasaba por uno de sus partidarios, que le aconsejaba la fuga al mandarle la noticia, había despreciado el consejo, no dudando que le seria fácil confundir á los calumniadores.

—Espero,—dijo—que mi venida aquí será bien vista, y ántes hubiera llegado, si hubiese sabido lo que debía ocurrir; pero el secreto con que se ha manejado la intriga, no me impedirá romper sus hilos.

Volviéndose en seguida al rey, agregó:

—Os dignais mandar, señor, que se repita la calumniosa acusacion?

Cárlos VI consintió por señas, y el preboste, visiblemente contrariado, mandó al agustino que reprodujera la declaracion, lo que hizo el preso con todas las muestras de la mas viva emocion.

—Asegurais,—preguntó el duque cuando el fraile acabó,—que he hablado con vosotros varias veces?

—Tengo necesidad de confesarlo, monseñor, aunque con el mayor sentimiento.

—Pues bien, miserables impostores, una vez que habeis sido introducidos con frecuencia en mi gabinete, debeis conocerlo perfectamente: decid como está y qué muebles tiene.

Los dos frailes se miraron temblando: un sudor frio bañaba sus rostros, y poco les faltó para desmayarse. Sin embargo, el que había hablado primero, buscando su salvacion en la audacia, hizo una imaginaria descripcion de la casa, que no conocia, y del gabinete, en que nunca había entrado. Y como una y otro eran bien conocidos de todos los personages presentes, la calumnia fué tan clara como la luz del sol. El rey, indignado, mandó dar tormento á los frailes. Asustados entónces aquellos miserables, confesaron que habían mentido; pero no explicaron lo que los había impulsado á intentar tan calumniosa acusacion, porque se figuraban que aquel cuya voz habían oido en la oscuridad, estaba ya interesado en salvarlos: así es que no revelaron ese misterio.

Juan sin Miedo fué el primero en felicitar al duque de Orleans por el resultado del negocio, y el preboste se apresuró á llamar de nuevo á los dos religiosos á la Bastilla; pero sin darles tormento, como había mandado el rey. Se contentó con enviarlos ante el tribunal del obispo, que los degradó, declarando que los entregaba al brazo secular para que fueran ajusticiados.

“Aquel mismo dia,” dice un historiador de la época, “fuéron entregados á los sargentos del preboste de Paris, quienes los pasearon ignominiosamente por las calles de la ciudad, con las cabezas rapadas y en camisa ántes de conducirlos al lugar del suplicio, deteniéndolos en cada encrucijada para dar lectura pública á los cargos mencionados en el proceso, los cuales confesaban luego los culpables, así por señas como de viva voz. Hecho esto, los llevaron al cadalso, y despues de una confesion bastante larga que se les permitió hacer, se les cortaron las dos infames cabezas y se pusieron en las puntas de dos escarpías. Sus cuerpos fueron divididos en cuartos, que se colocaron en las principales entradas de Paris, y el tronco se colgó en la horea.”

Poco despues hacia asesinar Juan sin Miedo al duque de Orleans, y se apoderaba del poder, obteniendo del rey el perdon de su crimen.

Entónces hizo devolver el duque de Borgoña á los parisienses el derecho de elegir á sus magistrados, y los demas privilegios de que habían sido privados; y sin omitir nada por ganar al pueblo, anunció que se iba á ecsaminar con empe-

ño la conducta pasada de los empleados de hacienda, y á hacerles restituir lo que se hubieren cojido.

Juan de Montagu era entonces superintendente de hacienda; y como no agradaba al duque, á quien habia puesto estorbos en ciertas circunstancias, habia resuelto desembarazarse de aquel incómodo contradictor. Juan sin Miedo aprovechó la ocasion, que era oportuna: se practicó una averiguacion, y no tardó en presentarse contra el superintendente una acusacion que le imputaba ser concusionario, administrador infiel, enemigo del Estado, y cómplice del duque de Orleans en las tentativas de magia y de sortilegio, contra la vida del rey y del Delfin.

Juan de Montagu fué aprehendido y encerrado en la Bastilla, donde seguia mandando Pedro des Essarts como preboste de Paris. Pero no bastaba acusar: se necesitaban por lo ménos pruebas aparentes, de que el duque carecia; y bien apesar suyo el negocio caminaba lentamente, cuando un dia se le presentó un franciscano llamado Juan Petit, hombre sobremanera astuto y sagaz, y el mismo que presintiendo el futuro poder del de Borgoña, habia intentado, en un alegato pronunciado delante del rey, justificar el homicidio del duque de Orleans. Habia sido tambien agente de Montagu en muchos negocios, y temia verse comprometido en el proceso del magistrado, cuyos secretos todos sabia.

—Monseñor,—dijo el fraile,—si gustais de firmar y sellar este pergamino, me comprometo á descubrir os todas las malversaciones de Montagu, y á daros pruebas irrecusables de ellas, de lo cual resultará gran provecho al Estado, porque sé donde están escondidas las inmensas riquezas del infiel superintendente.

El duque tomó el pergamino, que contenia un indulto pleno y entero á favor de Juan Petit, de cualquier delito que hubiera cometido hasta aquel dia, incluso el de lesa magestad.

—Pero quién me asegura,—preguntó despues de haberlo leído,—que las revelaciones que proponéis hacer, sean positivamente de importancia?

—La gracia que solicito es ya una prueba de mi veracidad, monseñor, porque acredita que se trata de crímenes enormes. Además, siempre os sobrarà poder para castigar á un impostor.

—Pues bien, está concedido.

Y firmó el documento, que hizo sellar, y que entregó al franciscano, el cual despues de asegurarlo debajo del hábito, y de unos cuantos instantes de recogimiento, tomó la palabra y dijo:

—Sabeis sin duda, monseñor, que cuando el pueblo estaba agobiado de impuestos, los cofres del rey se encontraban sin embargo siempre vacios, viéndose reducido S. M. á vender ó empeñar sus piedras preciosas y parte de su vajilla. Así han desaparecido casi todas las joyas de la corona. Montagu sostenia siempre que carecia de dinero, cuando se lo pedia el soberano: afirmaba que el pueblo no pagaba, y que los gastos del Estado eran inmensos; pero agregaba siempre que conocia á un bienaventurado franciscano, encargado de los negocios de su órden,

que por tal motivo tenia sumas considerables á su disposicion y que prestaria con gusto sobre prenda. El rey se decidia entonces á pedir prestado: se hacia ir al franciscano al gabinete de S. M. y....

—Y el bienaventurado?....

—Soy yo, monseñor.

—Ah! pillastron!....

—Ya veis que soy sincero. Montagu me entregaba la suma que necesitaba el rey, cuyas halajas entregaba yo á Montagu.

—Eso no pasa de una acusacion, y pruebas son las que habeis prometido.

—Ya les llegará su vez, monseñor. El engaño duró mucho tiempo: cuando el rey acabó con sus joyas, se le prestó sobre su vajilla, y en seguida sobre toda especie de muebles y efectos preciosos, como telas, tapicería, &c. Yo ganaba poco en el negocio, porque el superintendente no se saciaba con nada. Quise, pues, saber en qué empleaba tanto dinero, él que era tan avaro, y conseguí descubrir que estaba atesorando, así como el lugar en que escondia sus riquezas.

—Sabeis todo eso?

—Lo sé, monseñor.

—Y pudiérais dar á la justicia los medios de recobrar los bienes del rey, así robados, las joyas, la vajilla, con las armas reales?

—Sí puedo.

—Hacedlo cuanto ántes, y recibiréis una recompensa régia.

El franciscano se pasó la mano por sobre el hábito, como para cerciorarse de que se encontraba en su poder el pergamino con la firma del duque, y agregó:

—Merced á perseverantes observaciones, habia advertido que el superintendente pasaba con mas gusto sus horas de descanso en su castillo de Marcoussis que en ninguna otra parte. Un dia que lo acompañé á aquella residencia, me despedí de él, prestando negocios de la comunidad, de los que me habia acordado de pronto; pero en vez de tomar el portante, me escondí en un parage desde donde podia ver lo que pasara en la noche en el piso bajo del castillo. Estábamos en el mes de Junio: no habian dado todavía las doce de la noche, y yo estaba en mi escondite desde que anocheció. En la casa reinaba el mas profundo silencio, y ya desesperaba yo de descubrir nada, cuando oí un ligero ruido, y un instante despues avisté á un hombre con una vela en una mano y un manojo de llaves en la otra, que se dirigia á la parte mas retirada del edificio. Abrió sucesivamente varias puertas: yo lo seguia. Llegado á cierto lugar, dió una patada, y se descubrió una trampa: Montagu se puso á bajar una estrecha escalera: yo hice otro tanto, cuidando siempre de que no me diese la luz, y así penetramos en una galería bastante espaciosa, donde habia varias bodegas que el superintendente visitó una tras otra, y en las que están amontonadas las riquezas que ha robado al rey y á la Francia.... Creis ahora, monseñor, que merezco la gracia que me habeis otorgado?

—Si, indudablemente, si las cosas se conservan aún en el mismo estado; y to-

avía así, puede que los del parlamento cierren los ojos à la evidencia, según lo bien dispuestos que están à favor del superintendente.

—Pues por qué, monseñor, no lo haceis juzgar por delegados presididos por el preboste des Essarts, que es enemigo suyo?

—Enemigo suyo?

—Sí, des Essarts, que es de raza noble, queria casar à su hijo con la hija del condestable de Albret: Montagu, mènes noble, pero mas rico, tenia iguales pretensiones respecto de su hijo, y sus riquezas hicieron preferir su alianza.

—Oh! en tal caso, victoria! . . . Mañana se nombrarán los jueces, y en seguida se visitará el castillo de Marcoussis. Tomad, hermano: este es el principio de la recompensa que seguramente acabaréis de merecer.

Y dió à Juan Petit una bolsa llena de oro, que el franciscano cojió con avidez, y escondió debajo del hábito.

Tres dias despues, comparecia Montagu ante los delegados nombrados para juzgarlo. Sometido al tormento, persistia en sostener que era inocente, cuando compareció Juan Petit, quien interrogado por el presidente, repitió parte de lo que habia contado al duque de Borgoña.

—Miserable fraile,—esclamó el acusado,—tú me pierdes!

—Sin duda, monseñor; pero yo me salvo: *Suum cuique.*

Ya entónces el superintendente confesó cuanto se quiso, conviniendo, à fin de evitar mayores sufrimientos, hasta en que se habia entregado à la mágia. Sentenciado à ser decapitado, se le revistió de un largo ropage colorado y blanco, y se le arrastró en una carreta hasta el lugar del suplicio. Se confiscaron sus bienes, y las riquezas amontonadas en el castillo de Marcoussis volvieron al tesoro real. “El pueblo,” dice Anquetil, “cantó victoria, creyéndose libre para siempre de “gabelas é impuestos; pero no aventajó nada, y las cosas continuaron bajo el mismo pié que ántes.”

Entretanto los hijos del duque de Orleans habian jurado vengar à su padre, y la Francia no tardó en hallarse dividida en dos partidos: el de los Orleanistas, que tomaron el nombre de Armagnacs, y el de los Borgoñones. En el número de los últimos se contaba la mayor parte del pueblo parisiense, y en particular la terrible corporacion de los carniceros, que tenian por gefe à Simon Caboche. Ya varias veces habian llegado los contendientes à las manos, cuando derepente circuló el rumor entre los Borgoñones, de que des Essarts, gobernador de la Bastilla, despues de haber servido al duque de Borgoña, se habia vendido à los Armagnacs y al delfin. Simon Caboche recorre las calles à la cabeza de parte de sus sectarios, gritando: “*Ea! . . . ea! . . . à la Bastilla: allí está el enemigo que nos quiere entregar al delfin.*”

Dos horas despues los Cabochianos, en número de mas de veinte mil, sitiaban la Bastilla; pero esta fortaleza no podia ser tomada por hombres mal armados, que combatian sin orden ni disciplina. Pedro des Essarts resistió, pues, con ventaja, dejando luego el castillo para refugiarse en Cherbourg. En aquel mo-

mento estaban divididos Juan sin Miedo y el delfin: des Essarts abrazó el partido de este, y volvió à encargarse del mando de la Bastilla, que continuó defendiendo vigorosamente contra los ataques de los de Caboche.

Pero en aquella época de agitaciones casi incesantes, las cosas cambiaban prontamente de aspecto, y Pedro des Essarts no tardó en encontrarse en una posicion singular. El delfin, encerrado en el palacio de San Pablo, estaba allí punto mènes que prisionero, y temia casi tanto à los que defendian la Bastilla, como à los que la atacaban. Juan sin Miedo por su parte temia, no sin razon, que si el pueblo llegaba à tomar la fortaleza à viva fuerza, se sintiera con poder bastante para sacudir la tiranía y conservar su conquista. Tal era el estado de los negocios, cuando el duque de Borgoña envió un parlamentario al preboste de Paris.

—Si persistis en defenderos,—le dijo el enviado,—vuestra pérdida es inevitable. El pueblo os acomete por un lado: estais à punto de carecer de víveres: tendreis que entregaros à discrecion; y el duque, que no quiere dañaros, à pesar de vuestra defeccion, será impotente para salvaros. El delfin ha hecho por otra parte un importante descubrimiento: tiene en las manos la prueba de que cuando favoreciais à Juan sin Miedo, habiais apartado dos millones de escudos de oro cobrados à los parisienses, para ponerlos à disposicion del duque.

—Oh! es imposible,—esclamó des Essarts.

—No es sino muy cierto,—replicó el enviado.—Al entregar ese dinero al duque de Borgoña, le ecsigisteis recibos, que confiasteis con otros papeles à un depositario infiel, y hoy paran en poder del delfin.

Des Essarts quedó aterrado; pero pronto se serenó, y dijo:

—Lo que veo de mas claro en todo esto, es, que ahora tengo que defenderme así contra los partidarios del delfin, como contra los del duque, y así lo verificaré lo mejor que pueda.

Y así os perderéis, por desechar la mano amiga que os brinda con la paz. No se os oculta que el duque es hombre de gran capacidad, que no se ensaña contra las fragilidades humanas, y que no se acuerda en la actualidad mas que de los servicios que le habeis prestado. Si, pues, le entregais la Bastilla, no tendréis que temer las resultas del asunto de los dos millones de escudos de oro, porque con negar su firma todo se compone, y aun es probable que ni por una ni por otra parte haya tal ecsigencia. Mas si por el contrario continuais resistiendo, si se deja la decision à la violencia, el duque lo confesarà todo.

Des Essarts estaba indeciso, porque los víveres empezaban à faltar en la fortaleza, y le era imposible avituallarla. Hizo sin embargo nuevas objeciones, y dijo entre otras cosas, que si salia de la Bastilla, ningun poder humano podria impedir que fuese asesinado por el pueblo.

—Tambien sobre ese particular puedo tranquilizaros,—le contestó el enviado.—El duque, si aceptais sus propuestas, vendrá à recibiros hasta el primer puente levadizo.